

EN UNA VASIJA DE BARRO¹

Raúl Vallejo

Cuentan que todo comenzó la noche del 7 de noviembre de 1950 en casa de Oswaldo Guayasamín y su esposa Maruja Monteverde. Estaban reunidos Jorge Carrera Andrade, Jorge Enrique Adoum, Hugo Alemán y Jaime Valencia; en seguida llegaron Gonzalo Benítez y Luis «Potolo» Valencia, el dúo Benítez-Valencia desde 1932. Contaba Benítez que Guayasamín había pintado el cuadro «Origen»: una vasija de barro y en ella dos esqueletos de niños. Carrera preguntó sobre su significado. Guayasamín explicó que los Incas enterraban a sus muertos ya descarnados y que los huesos eran puestos en una vasija ya que consideraban que era un sitio ideal para la eternidad.

Jorge Enrique Adoum escribió en su *De cerca y de memoria*, que Carrera Andrade fue hasta la biblioteca y cogió un libro. Se trataba de *Por el camino de Swan*, el primer volumen de *En busca del tiempo perdido*, de Marcel Proust. En las últimas páginas escribió: «Yo quiero que a mí me entierren / como a mis antepasados / en el vientre oscuro y fresco / de una vasija de barro». Después Hugo Alemán perpetuó los versos: «Cuando la vida se pierda / tras una cortina de años / vivirán a flor de tiempos / amores y desengaños». Luego escribió Valencia: «Arcilla cocida y dura / alma de verdes collados / barro y sangre de mis hombres / sol de mis antepasados». Y, finalmente, llegó el turno de Adoum que remató la composición con: «De ti nací y a ti vuelvo, / arcilla, vaso de barro / con mi muerte yazgo en ti, / en tu polvo enamorado». Esa noche, la escritura se convirtió en un puente entre Proust, su tiempo perdido y recobrado en una vasija de los Andes.

Cuenta Benítez que Carrera Andrade lo «puso en compromiso» cuando exclamó que con música lo que habían escrito tendría que ser una belleza. El

1. Tomado de *El Comercio*, Quito, 10 de septiembre de 2005.

dúo Benítez-Valencia entonces enfrentó el reto. Gonzalo Benítez ha contado en varias entrevistas que con el «Potolo» discutieron amigablemente si la canción sería en un ritmo lento o en uno vivaz. Benítez quería una melodía con profundas resonancias telúricas. La madrugada despertó en tiempo de danzante y la vasija se convirtió en canción.

Gonzalo Benítez, que nació en Otavalo el 14 de enero de 1915, nos legó a todos los ecuatorianos esa comunicación espiritual con la madre tierra —que en el mundo andino es la Pachamama— transida de acordes desgarrados, de unas voces que condensan el sentimiento ignoto de la gente y de poesía que es nuestra «Vasija de barro». Él y el «Potolo» Valencia, fallecido en 1970, lograron hacer de esa canción un símbolo de nuestra identidad nacional y una metáfora de la trascendencia del ser en igual registro que la sentencia bíblica del origen y el fin de aquél que es polvo. A ambos le debemos el amor por la música del Ecuador y, entre muchas más, una interpretación antológica de «Puñales», el yaraví que compusiera Ulpiano Benítez, padre de Gonzalo.

El lunes 5, a las 9h10, falleció por un cáncer a la próstata nuestro Gonzalo Benítez —maestro de dibujo técnico en el Juan Montalvo, 24 de Mayo, Benalcázar y Brasil—, cuyos restos reposan en la Basílica del Voto Nacional. Durante la extremaunción, el sacerdote le dijo: «Dios va a estar gustoso de oír tus canciones como lo estábamos nosotros». Aquí, en la Pachamama que habitamos, seguiremos escuchando la dulzura de su voz encendida en el pentagrama de sus notas dolientes, sus ritmos atravesados por la fiesta y sus cantos enamorados. ✱

Santa Ana de Nayón, 8 de septiembre de 2005